

## Histórica entrevista

---

A. Darío Lara\*

Viernes 16 de noviembre de 1973. Las brumas de un otoño que va a su término se han vuelto más densas y con la sensible baja de temperatura anuncian un invierno que se acerca. Felizmente muy al abrigo, en el salón de un modesto hotel parisiense, no lejos del Arco del Triunfo, mientras no muy lejos, exactamente en el célebre “Musée d’Art Moderne de la Ville de Paris” se inaugura la exposición del pintor Oswaldo Guayasamín, aquí protegidos del rígido temporal, del bullicio de la ciudad y los fastos de tal ceremonia, tengo el privilegio de encontrarme frente a frente nada menos que con el padre de Oswaldo, Don Miguel Guayasamín. Ha venido, pese a sus años, deseoso de participar en el triunfo de su hijo y, en cierto modo, suyo también. Hoy ha aceptado gustoso darme una entrevista y en forma de larga y amigable conversación de más de dos horas se ha referido a detalles de su vida, de su hogar, de sus familiares y, desde luego, a rasgos poco conocidos del renombrado pintor.

Debo mencionar que la inauguración de esta exposición formaba parte de un grandioso programa previsto hacía muchos años, desde que al frente de nuestra Embajada en París se hallaba Jorge Carrera Andrade (1964-1966). El Ecuador como nunca en su historia, gracias a la iniciativa del ilustre poeta y diplomático y la generosa contribución de Francia, organizó en esta capital una triple exposición: en el Petit-Palais “Richesses de l’Equateur - Art Pré-colombien et Colonial”, en el Museo de Arte Moderno, Oswaldo Guayasamín expuso una selecta colección de los cuadros de la “La Edad de la Ira”; y finalmente en el Instituto Nacional y de Investigación Pedagógica una tercera exposición la del “Libro Ecuatoriano”; en el Catálogo elaborado por la Casa de la Cultura se ofrecieron 1100 títulos de obras de más de 600 autores nacionales. Nunca como en aquellos días el Ecuador estuvo presente, brilló en París, que es como decir, en la capital de la cultura universal; pues han sido rarísimas ocasiones como aquellas semanas en que las riquezas artísticas de nuestro

---

\* Ministro en servicio pasivo del Servicio Exterior Ecuatoriano.

país fueron admiradas por miles y miles de visitantes, comentadas muy elogiosamente en la prensa parisense y de muchos otros países. En el libro “Histórica Conmemoración: 40 años de la primera Comisión Mixta Franco-Ecuatoriana, 1966-2006”, (páginas 17-19), se ofrecen los detalles de este acontecimiento que ha marcado una fecha excepcional en las seculares relaciones entre el Ecuador y Francia.

Pero, dejando de lado estos recuerdos, vengamos al tema que más nos interesa y me ofrece la presencia de Don Miguel, para escribir estas líneas. Desde luego, se ha prestado admirablemente para esta entrevista, sin necesidad de preguntas muy precisas, sin ningún plan preestablecido, comienza a hablarme de la manera más sencilla, de su vida, de su hogar, de su esposa, de cada uno de sus hijos. Con singular precisión, reposadamente se refiere a las dificultades de sus primeros años, a la vida de Quito, tan provinciana en las primeras décadas del siglo; menciona algunos personajes y hechos de nuestra historia de aquella época; desde luego, a sus modestos trabajos para ganar el sustento diario, una vez que contrajo matrimonio con la señora Dolores Calero y que pronto su hogar se vio rodeado de numerosos hijos. “Trabajaba, refiere, todo el día, en la carpintería; participé en la nivelación del futuro campo de aviación y cuando comenzaron a rodar

los primeros coches, me interesé y ejercí el oficio de chófer de taxi desde 1918, cuando tenía 20 años (lo que permite fijar su nacimiento hacia 1898 y que cuenta actualmente con 75 años), profesión que he ejercido hasta hace siete años, durante 48 años”. Interesantes detalles cuando se refiere, por ejemplo, que por una carrera en Quito se pagaban tres sucres y que su sueldo mensual era de sesenta sucres, equivalentes más o menos a 20 dólares, en esa época.

“No alcanzo a comprender como me alcanzaba la plata para tantas necesidades -me explica-; trabajaba todo el día, todos los días y con el mayor cuidado”.

Una vez que contrajo matrimonio, recuerda que su mayor preocupación y la de su esposa era construir una casa y añade: “pese a que cuando nos casamos no teníamos medio ni yo ni mi mujer”. La decisión de ambos venció todas las dificultades y gracias a un trabajo diario, asiduo, lograron su propósito y hasta la consideración de sus compañeros que muy naturalmente le llamaban “Señor Miguelito”, confiesa con cierta encantadora ingenuidad.

Uno de los detalles que más me ha conmovido y en los que insiste complacido son aquellos en que evoca el recuerdo de su esposa: “Yo trabajaba para ganar el pan de cada día; ella se ocupaba totalmente de los hi-

jos; era una mujer inteligente, trabajadora; fue la base fundamental para mí, para la familia; por eso después de su muerte en 1946, hace 27 años, no me he casado y sus hijos nunca le han olvidado”. Y fue cuando precisamente, con rara precisión, me dio los nombres de sus DIEZ hijos, las fechas de sus nacimientos, sus profesiones y matrimonios. Si mi memoria o mejor mis notas son exactas, los nombres de sus hijos, que “actualmente todos están en vida”, afirma, son: Oswaldo, el mayor, nacido en 1919, Graciela, Gonzalo, Gustavo, Mariana, Neptalí, Lyonel, Betty, Lilia y René. Gracias a sus esfuerzos y trabajos logró contar en su familia con un ingeniero, un arquitecto, un odontólogo y con un pintor excepcional, Oswaldo, su primogénito.

Aquello que más me interesaba era precisamente obtener algunos datos biográficos, rasgos particulares de su vida. Don Miguel no se hizo de esperar y me los dio numerosos, algunos muy curiosos. Alumno inquieto, travieso, frecuentó las Escuelas “Sucre”, “La Merced” y alguna más y mereció otras tantas expulsiones, particularmente porque su diversión, su pasatiempo en las clases era dibujar caricaturas no muy elegantes de sus profesores más que atender sus explicaciones, que poco le interesaban. “Mi ambición, afirma, era que Oswaldo fuera arquitecto, como el tío Pío Guayasamín, a quien el Congreso de 1909 le dió el

título de ‘Arquitecto’, porque hizo medio Quito, antes de 1900 y murió en 1917”.

Oswaldo fue a la Escuela de Bellas Artes, en donde aprendió “su oficio”, (ha acentuado particularmente este término), pese a las dificultades por sus permanentes diabluras que no eran del agrado del “maestro Mideros”. Sin embargo, obtuvo el Premio “Mariano Aguilera” y por entonces pintaba también cuadritos que vendía en un sucre y veinte centavos. Pero, llegó al fin el día en que una hada inesperada y benévola vino a golpear a la puerta de su modesto taller de las calles Venezuela-Galápagos; una visita que debía cambiar su destino y orientar su vida hacia cumbres de la fortuna y de la gloria. Esta vez dicha hada no tomó la forma de una mujer fantástica, mágica, sino de un hombre de buena capa y de copete, pero también hombre de corazón y de fortuna: era un turista Norteamericano que visitaba Quito; oyó mencionar el nombre de un pintor “que hacía bonitos cuadros”. Era el señor Rockefeller que por conocer a Oswaldo y ver sus cuadros vino a visitarle, a examinar sus pinturas. “Pasó más de dos horas, dice Don Miguel, y compró diez cuadros por una suma impresionante de dólares, como nunca había visto en mi vida y le invitó a los Estados Unidos”. Tomó un tiempo como para descansar o evocar tal aventura y continuó: “Fue desde en-

tonces cuando el nombre de Oswaldo comenzó a figurar en los periódicos; venían las visitas y se sucedieron las exposiciones fuera del país, más que en la misma ciudad de Quito. Era un trabajador incansable... Por lo demás –me dijo- ya no añadiré otros detalles, puesto que Usted le ha conocido desde hace mucho tiempo, le ha frecuentado en esta ciudad y en Quito. Sólo le puedo confesar (y esta frase fue pausada, convencida), Oswaldo es la gloria mía que me da en la vida”.

Fueron sus últimas palabras de una conversación que me impresionó profundamente, que me es inolvidable por su sencillez, su naturalidad; palabras que las recogí con admiración y las guardo como el mayor elogio que un artista del pincel, de la pluma, un hombre simplemente, pueden merecer de los labios del autor de sus días.

Muchos años han pasado desde aquella entrevista. Al volver a ordenar, a releer aquellas fichas amarillentas y disponerlas para una posible publicación, al evocar el recuerdo de un compatriota tan sencillo, tan cordial como Don Miguel Guayasamín, no puedo menos que revivir la memoria de Oswaldo que fue verdaderamente un noble y sincero amigo desde la primera vez que le conocí en París y frecuentado constantemente. Ampliamente me he referido a nuestras relaciones. En “Memorias de un Tes-

tigo”, con el título “Un pintor entre otros pintores y escritores” (tomo 1, páginas 285-287); en “Histórica-Commemoración...”, al dar cuenta de las Exposiciones de 1973 (páginas 18-19) y más detalladamente en mis “Memorias”, en preparación. Fue en la década del 50 cuando me fue dado conocer y frecuentar a tan distinguido compatriota. No había tenido ocasión de conocerle en Quito. Desde el primer momento y gracias a la amistad que cultivaba con Jorge Carrera Andrade, vino a formar parte del grupo de sus amigos o de los que el pintor tenía en París. En esta ciudad, Oswaldo encontró a varios pintores, sus amigos, en particular un Venezolano, amigo también de Jorge, quien tenía su taller en un rincón encantador del barrio latino, cerca del Odeón. Fue entonces el centro de nuestras reuniones y en donde pudimos apreciar el trabajo de los artistas del color o escuchar la lectura de los últimos versos de nuestro poeta. En una de aquellas tardes, Oswaldo, como prueba de amistad y testimonio de su gran maestría pintó un retrato al óleo de Jorge, en una tela de 70x50, y después trazó mi retrato al carboncillo, en una cartulina de 50x30.

Esta amistad con Oswaldo, una vez que retornó a Quito no se extinguió; por el contrario fue intensificándose en cada una de nuestras visitas al Ecuador, o cuando él visitaba nuevamente algunos países de Europa. Esta amistad es una de aquellas

que ha resistido a los embates y a las mezquindades que tan a menudo se presentan en el camino de nuestros días. Las exposiciones de 1973 dieron ocasión para intensificar, multiplicar nuestros contactos. De las numerosas pruebas de su amistad, traducida en numerosos cuadros que nos ofreció y adornan mi hogar, uno de los rasgos mayores de su cordialidad nos la dio un día de julio de 1971. Cenaba en nuestra compañía; tomé en mi biblioteca el ejemplar admirable del “Huacayñán, el camino del llanto” (la gran edición de la Casa de la Cultura, de 1953, con la presentación de Benjamín Carrión); inmediatamente al tomar en sus manos, en una de las páginas en blanco, esbozó el rostro de mi esposa y escribió: “En este día de París a Nicole con el cariño de Guayasamín Julio 6 de 1971, a los 52 años, en Colom-bes”. Era exactamente el día de su cumpleaños. Nada nos había dicho antes. Siguieron, inevitables, unas cuantas copas de champaña.

Se comprenderá por lo mismo nuestra profunda emoción, nuestra desgarrada aflicción, cuando en la noche del 12 de marzo 1999, nuestro hijo Claude nos llamó al teléfono desde Quito y comunicó la muerte de Oswaldo, de quien tan cálidamente nos habíamos despedido en nuestra última visita al Ecuador, en 1998. Tal noticia era como si un miembro más querido de la familia hubiera desaparecido. Mi primera reacción

fue tomar de mi biblioteca uno de tantos libros consagrados a su obra, a su biografía... Y luego, más oportuno volver a leer el texto de mi conferencia dictada el sábado 2 de marzo de 1974, con el título “L’Equateur pays d’art”, dentro del ciclo anual organizado en la Universidad Católica de Paría, conferencia en la que consagré su mayor parte a la obra del pintor Oswaldo Guayasamín. Mencioné entonces aquella histórica noche en que un grupo de Profesores de la Universidad de París X visitamos la exposición del Museo de Arte Moderno, que he mencionado y tuvimos el privilegio de que el mismo Oswaldo, gentil y generosamente nos diera el significado de cada uno de los cuadros de “La Edad de la Ira”. Gracias a uno de mis colegas, el Profesor Gabriel Judde, que tuvo la feliz idea de registrar en un casete aquellas explicaciones, pude entonces leer a mis oyentes algunos párrafos de tan luminoso comentario.

Como tengo la seguridad de que dicho texto no es conocido y se conserva inédito, daré a continuación algunas líneas. A la pregunta de uno de los asistentes, aquella noche de nuestra visita. “¿Qué pretende Usted mostrar con su pintura “La Edad de la Ira”? Oswaldo dio esta luminosa contestación:

“Mostrar la tragedia humana durante los últimos cincuenta años, los horrores de la

guerra, los campos de concentración, Hiroshima, Biafra, el Vietnam. Mi pintura no es de caracterizaciones, sino universal. Pro-cedo no por anécdotas, sino a partir de rostros, de manos, de cuerpos en el torbellino del dolor y de la angustia. Porque estoy convencido de que el artista es el reflejo de los grupos humanos. En toda época, durante los grandes momentos de la historia, un artista es la antena, la persona que recoge en su ser todas las angustias, las inquietudes del pueblo en que vive. No importa en que momento de la historia del arte, los artistas expresan su mundo interior, su mundo personal. Si están angustiados, expresan su angustia; si amantes, su amor. En las grandes fases de la historia, el artista capta las inquietudes, las angustias de los otros. El es aquel que llora, aquel que interpreta la angustia de los otros. Este es el papel que me he atribuído para pintar mis cuadros. Es la tragedia colectiva, principalmente en “La Edad de la Ira”, pero también una parte de mi tragedia personal, de mi infancia en particular. Frente a este mundo, en “La Edad de la Ira”, yo he lanzado un grito por la paz, un grito de fe en el hombre. Yo he querido mostrarle sus llagas y su tragedia, a fin de ver si al-

guien podía conmovirse y hri-tar ¡YA BASTA!

‘La Edad de la Ira’ re-presenta un trabajo de 15, 16 años; consta de 250 cuadros.

He pintado en blanco y negro para de esta manera causar un choque al espec-tador. He pintado en series porque he querido introducir el tiempo en la pintu-ra. Estos cuadros de las manos si son en número 13, en realidad no es sino un solo y mismo cuadro que al desen-rollarse nos refiere una histo-ria trágica y es-piritual. Manos insaciables, manos del silencio, del terror, del mendigo, de la meditación, de las lágrimas, del miedo, de la cólera, de la esperanza, del grito, de la ora-ción, de la ternura; para termi-narse en un gran cuadro, el de la CONTESTACION, pintado exactamente en mayo de 1968. De este modo he escrito una historia trágica y espiritual...”

A otra pregunta de un asisten-te: “¿Su pintura es comprendida?” Contestó:

“No hay sino dos clases de personas que la comprenden: los humildes y los críticos, y les conmueve, porque son intuitivos. Los demás, el común de los mortales, permanecen por encima de todo esto, porque no

son ni bastante limpios ni bastante sinceros...”

Difícil expresar la honda emoción de quienes aquella noche inolvidable escuchamos tan viva, tan patética exposición; siguieron muchas otras preguntas de aquel distinguido auditorio que estaba bien informado de la alta calidad del pintor ecuatoriano por los brillantes comentarios de altísimos críticos como Pablo Neruda o Miguel Angel Asturias, entre otros, y a los que en esos días se añadían los no menos elogiosos de un notable crítico francés, Jacques Lassaigue, quien entre otros juicios había escrito: “La Edad de la Ira“ es la obra de un demiurgo potente que hace desfilar ante nuestros ojos golpeados de estupor y de vergüenza las criaturas de la tierra cuya miseria se pierde en la noche de sus tiempos y cuyo clamor se eleva de lo más íntimo de su alma...”

Descanse en paz el genial artista, el inolvidable y caluroso amigo. Después de su muerte, como “des-

pués de la partida de un ser querido –en términos de un célebre filósofo-, nos queda la dura convicción de que lo esencial nunca tuvimos tiempo de revelarnos”. Me queda sin embargo, la impresión de que al partir a su nuevo destino, como aquel otro gran aficionado a la pintura, Sir Winston Churchill, a quien en días de laxitud y de hastío por recomendación de algún consejero se puso a pintar, Oswaldo habrá hecho suya la plegaria que el ilustre inglés antes de morir dirigió a sus manes, a las musas, divinidades protectoras de las artes, a las que el ilustre inglés solicitaba: “Permitidme que en el primer milenario de mi eternidad pueda consagrarme a la pintura de las cosas de la tierra que tanto he amado”.

¡Ay!, lamentablemente, nunca nos será dado admirar los cuadros de su nueva “edad sin fin”, seguramente, ya sin la ira y en la tranquila paz de su inmortalidad.

Le Chêne-aux-Dames  
Noviembre, 2007

